



UN INSIGNE MATEMATICO

LEOPOLDO GUERRA PORTOCARRERO

"Un niño que nace y un moribundo que expira, son los dos miembros de una ecuación cuya incógnita es la vida".

JOSE SELGAS

Hace algunos meses la frágil envoltura carnal de Leopoldo Guerra Portocarrero halló el reposo definitivo al confundirse con la tierra de su patria, a la cual tanto amó y sirvió.

A causa del receso de fin de año, la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales —de la cual fue miembro distinguidísimo— no pudo hacerse presente en tan dolorosa ocasión y quiere ahora rendir con estas líneas un emocionado tributo a su memoria.

El 12 de Agosto de 1911 nació Leopoldo Guerra en el distinguidísimo hogar constituido por José Joaquín Guerra y Carmen Portocarrero. Hizo sus estudios de Bachillerato en ese semillero de buenos ciudadanos que fue la Escuela Nacional de Comercio y obtuvo luego, el 12 de Diciembre de 1936, el título de Doctor en Ingeniería Civil, otorgado por la Universidad Nacional. En el año de 1939 contrajo matrimonio con la esclarecida dama doña Elena Lleras Restrepo y fueron sus hijos Elena, José Joaquín y Leopoldo.

Quién sabe qué genes misteriosos conformaron ese organizado cerebro matemático de Leopoldo Guerra. Desde sus tiempos de estudiante, como colaborador de otro ilustre matemático colombiano, Jorge Acosta Villaveces, inició su admirable labor docente en esta rama del saber humano. "La enseñanza de las matemáticas —escribió en alguna ocasión— ha constituido la razón de ser de mi vida universitaria". Evidentemente, durante 27 años fue profesor en diversas Facultades de la Universidad Nacional de Aritmética Analítica, Algebra, Mecánica Racional, Mecánica Aplicada, Geometría Analítica, Cálculo Diferencial e Integral, Ecuaciones Diferenciales. Cuántas generaciones de ingenieros recibieron sus clases magistrales en las cuales no se sabía qué admirar más, si el dominio de la materia o la facilidad, el orden y la claridad en la exposición. Era un verdadero deleite espiritual contemplar la magra figura del Profesor Guerra —y con cuánta justicia podía dársele ese título— con las cejas enarcadas en signo de actividad intelectual, explicando los más arduos temas matemáticos como si fueran un simple juego de niños.

Leopoldo Guerra, ya lo dijo el Rector de la Universidad Nacional, vivió en función de Universidad y fue un universitario de tiempo completo. Profesor de las más difíciles materias, miembro del Consejo Académico, Decano de la Facultad de Ciencias, Decano de la Facultad de Ingeniería, Rector Encargado de la Universidad Nacional, últimamente ocupaba el altísimo cargo de Presidente del Consejo Superior Universitario. Los servicios que le prestó a la Universidad, y por tanto a su patria, son invaluableles.

Es seguro que su admirable capacidad intelectual le hubiera proporcionado en otros campos éxitos económicos, posiciones y honores, pero nunca los buscó ni los ambicionó. Su único ideal fue servir. Cuando en no lejana ocasión la Universidad Nacional le otorgó la medalla del Mérito Universitario, decía: "Por devoción y por afición, he destinado toda una vida a la enseñanza en estos claustros, dejando de buen grado y sin pena las posibilidades que la carrera de ingeniería pudiera ofrecerme y los alicientes que otro género de actividades profesionales brindaban y aun brindan en nuestro país. Pero creo sinceramente que no hice un mal negocio. La satisfacción de ver aquí a mis profesores, a mis colegas y a mis alumnos, compensa superabundantemente los gajes que hubiera podido alcanzar fuera de la Universidad".

Calumniosamente se ha dicho que las matemáticas aridecen el espíritu y absorben la inteligencia de tal manera que no dejan campo a otras inquietudes intelectuales. Qué gran mentira! Este insigne matemático fue escritor atildado, conocía los clásicos, la literatura colombiana, la historia, y tenía siempre la mente alerta para recibir cualquier estímulo espiritual. Su selecta biblioteca era uno de sus sitios predilectos.

Tal vez la precaria salud que siempre acompañó a Leopoldo Guerra le daba una apariencia de hombre severo y adusto. Pero cuán distinto era en el fondo. 30 años de una amistad que no conoció eclipses, compartiendo cotidianamente las mismas inquietudes y preocupaciones universitarias, nos permitieron conocerlo tal como era en realidad. De un trato exquisito y gentil, con el gracejo oportuno a flor de labio, con la anécdota de actualidad, con el comentario sagaz y con el consejo del verdadero amigo. Lo que realmente sucedía era que no entregaba su amistad y su intimidad con el cruce de las primeras palabras. Era exigente consigo mismo y con sus amigos, porque su vida fue una constante lección de disciplina. No podía uno explicarse cómo en su endeble arquitectura podía encerrarse tal capacidad de trabajo, tanta energía y tan grande entereza de carácter. Expresaba sus conceptos sin vacilaciones, sin dobleces y sin rehuír jamás las responsabilidades. Para él no se ideó la frase que dijo alguno: "La palabra le ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento". En cambio en la intimidad de ese santuario que fue su hogar era el contertulio ideal para el palique amistoso, el hombre festivo que rasgueaba el tiple y tocaba la pandereta, como ya lo expresó quien tuvo también la oportunidad de conocerlo íntimamente. Tal vez la mejor demostración del afecto que inspiraba Leopoldo a quienes tuvimos el alto privilegio de ser sus amigos, es que todos guardaremos su recuerdo entronizado en el corazón.

Si a alguien puede aplicársele con propiedad la inspirada frase de los carteles mortuorios, "Descansó en la paz del Señor" es a Leopoldo Guerra. Católico en el verdadero y más puro sentido del vocablo, sin puritanismos ni proselitismos, entendió la doctrina de Cristo como función social, como ayuda a los desvalidos y puso todo su corazón en esta labor, siendo uno de los más activos miembros de Cruzada Social y su Presidente durante dos períodos consecutivos. Hace muy poco tiempo, como premio a su vida ejemplar, se le confirió la altísima distinción de Caballero de la Orden del Santo Sepulcro. Por ello estamos seguros que al presentarse a rendir cuentas a su Hacedor, debió decirle: "Señor: Resolví la ecuación de mi vida en la forma más perfecta que pude. Deseché los valores negativos, las soluciones imposibles, las cantidades imaginarias y sólo encontré estos valores reales: integridad, hidalguía, voluntad de servicio, amor a la ciencia y a la patria, culto de la amistad. Permítame, Señor, como recompensa, que habiendo alcanzado el límite superior —el infinito— de la integral definida de mi vida, pueda desde aquí, seguir siendo el apoyo de los míos y el compañero de mis hermanos, vale decir, de mis amigos".

HERNANDO FRANCO SANCHEZ

Enero 27 de 1965.